

Presentación



Ernesto Villanueva

Rector de la Universidad Nacional Arturo Jauretche



En *Respiración artificial*, Ricardo Piglia pregunta: ¿quién de nosotros escribirá el *Facundo*? Sin lugar a dudas, una de las citas más memorables de la literatura argentina de los años ochenta. Y no me refiero estrictamente a la resonancia testimonial o de sensibilidad generacional que la novela pueda tener para los que experimentamos el terrorismo de Estado y encontramos en esas páginas metáforas audibles de nuestra propia experiencia histórica, sino por su impacto hacia el interior mismo de la cultura y de la literatura argentina.

Porque la pregunta logra condensar los principales nodos de sentido que desplegarán los itinerarios heterogéneos de la literatura argentina mediante de esa red espesa de significaciones que encarnan tradiciones en disputa, a través de la cultura nacional y de los grandes problemas que persisten en la Argentina, que la sabiduría de Arturo Jauretche describió de manera magistral refiriéndose a la zonzera madre: la civilización y la barbarie, vértebras del colonialismo cultural que no fueron otra cosa que obstáculos al entendimiento del problema real de un país que aún busca quien lo escriba desde sus propias entrañas.

Desde Domingo F. Sarmiento, esta dicotomía ha sido casi utilizada para encasillar el abigarrado entramado de relaciones sociales y culturales del país y del continente iberoamericano hasta invadir el territorio de la literatura misma. Entonces, cuando la ficción argentina ha escrito *barbarie* ha querido decir “caos”, “amenaza”, “animalidad”, en torno al fortín, a la aldea, al pueblo, a la ciudad *civilizada*, a la villa miseria, al asentamiento. Centro y periferia, ciudad y campo, lo bueno y lo malo, literatura del centro y literaturas regionalistas. Así se despliega toda una serie de prejuicios dicotómicos que signaron proyectos creadores, modos de imaginar y sentir, de representar *lo otro* inasible desde la concepción iluminista de la Ciudad Puerto: indio, gaucho, inmigrante, cabecita negra, aluvión zoológico, provinciano, villero, marginal.

Esto es, hubo una General Paz en cada período histórico que fue actualizando el dilema excluyente, amplificado por los medios de comunicación hasta la hartura: conurbanos, suburbio, Gran Buenos Aires, periferia, equivalentes de violencia, miseria, muerte, narcotráfico, populismo, delincuencia. Expansión territorial constante que fue construyendo la “tierra incógnita”, inabarcable que

vemos en el mapa, pero también en los diarios y la televisión. Hasta la misma idea de conurbano bonaerense es una noción construida desde afuera que engloba toda una heterogeneidad de espacios, identidades locales y realidades sociales divergentes cuyas fronteras se redefinen constantemente. Territorios desiguales con enclaves de marginalidad y riqueza donde reside un cuarto de la población del país. Por eso, al apostar a la idea de conurbanos en plural nos permitimos dejar de pensar el territorio como una otredad para hacerlo como un pluriverso diferenciado donde lo que subyace es un problema cultural arraigado en la mirada centro-periferia asumida en buena parte del país.

También en la literatura; y aquí quiero detenerme brevemente. Menos para realizar una cartografía imposible de cómo la ficción narró esa dicotomía (es decir, toda la serie de redes de tráfico de sentidos e influencias, escritores, movimientos, miméticas o partes de lo social, poéticas, estilos y modos de la textualidad que han reproducido la ideología civilización-barbarie), y más para hablar de lo que muchas veces no se señala: la fecunda tradición de resistencias y modos de subvertirla dentro del magma intenso que es la literatura argentina.

Esa voluntad de superación se expresa por múltiples e inseparables intersecciones donde la pregunta de *Respiración artificial* obtiene respuestas divergentes a lo largo de su historia. Vayan algunos ejemplos: para los clásicos “Casa tomada” o “Las puertas del cielo”, de Julio Cortázar, hay réplica en “Cabecita negra”, de Germán Rozenmacher. La actualización de *El matadero*, de Echeverría, por Borges y Bioy Casares en “La fiesta del monstruo” encuentra respuesta en el desgarrador relato de “El niño proletario”, de Osvaldo Lamborghini. Las muestras pueden multiplicarse por cientos. A lo que debe asociarse, el surgimiento de poéticas narradas no ya desde la mirada prejuiciosa del centro porteño, sino desde el itinerario del viaje, de los bordes hacia afuera: en tren a Temperley se desplazan los personajes de Roberto Arlt; hacia Saavedra, los del *Adán Buenosayre*; mientras que hay fusilados en José León Suárez, partido de San Martín, en *Operación masacre*, de Rodolfo Walsh. Desde Palermo y el sur de Boedo, la ciudad empieza a expandir su mirada a través del tango y de la poesía de Nicolás Olivari, Raúl González Tuñón, Homero Manzi o Enrique Santos Discépolo hacia el arrabal, hacia los límites cada vez más difusos de un territorio que se ensancha y difumina la pretensión del límite matemático. Brotan además nuevos centros que discuten la mirada porteña: pienso en el Chacabuco de Haroldo Conti, el Gran Buenos Aires de Bernardo Kordon, *Villa miseria también es América Latina*, de Bernardo Verbitsky, la saga pueblerina del interior de la provincia de Buenos Aires de Manuel Puig, el país profundo desde sus propias particularidades en Tizón, Di Benedetto, Saer, Martini Real... diversas réplicas y revueltas a la dicotomía fundante. Contemporáneos a la pregunta de Piglia, diversos modos de nombrar los conurbanos con voz propia, ya no desde el viaje, sino desde el sentido de pertenencia, pienso en *Flores robadas en los jardines de Quilmes* o en *Lanús*, de Sergio Olguín, llegando hasta el maravilloso revivir en pleno siglo XXI de los viajes de Erdosain en *Los 7 locos*, que se lee en *El campito*, Juan Diego de Incardona, a la vera del Riachuelo en Villa Celina, poética ensoñación de una plantación de flores metalizadas.

La literatura no solo delimita espacios: sugiere, imagina, fija, construye territorios, sentidos diversos en los que se ha cifrado la heterogeneidad de la cultura nacional en sus dos siglos de existencia. Esto es: la voluntad de superación de la dicotomía expresa por múltiples e inseparables intersecciones. La pregunta de *Respiración artificial* coincide estos días en Florencio Varela con la invitación a interrogar, desde aquí, una actividad literaria multifacética: literaturas y conurbanos. Si bien esta

yuxtaposición impide las generalizaciones, permite pensar, otra vez, la tensión ínsita en nuestra literatura a través de poéticas que por su énfasis topográfico trazan una cartografía geopolítica que deconstruye la antinomia civilización-barbarie y centro-periferia desplazándose hacia los conurbanos bonaerenses en plural como territorios con características propias que, desde lo literario, han generado también su propia lengua y sus identidades.

Más que la periferia que se observa desde la capital porteña, los conurbanos están en el centro, se niegan a escribirse apenas como lo que no son: lo que amenaza la ciudad que los percibe como peligrosos, una mentalidad que los silencia e invisibiliza en su realidad profunda y auténtica. Invitación a imaginar si podemos hablar de un nuevo aporte a la síntesis de la identidad nacional, en el ensamble productivo de nuevas literaturas configuradas como territorios en sus propias reglas y repertorios. Imaginar respuestas es un buen comienzo. Bienvenidos al Primer Simposio Internacional Literaturas y Conurbanos organizado en la Universidad Nacional Arturo Jauretche.